



RAGAKABIR

Por Ada Albrecht

El santo Ragakabir era analfabeto. Si se le preguntaba cuánto eran dos por cinco, se tornaba rojo como un clavel, comenzaba a tartamudear, y se echaba luego a llorar pidiendo excusas por no saberlo. En las aldeas que visitaba, observaba los carteles conteniendo leyendas como lo haría una gacela, totalmente ajeno a su contenido. Cierta vez, un *Pandit* de buen corazón, le dijo:

—No es posible, Ragakabir, que vivas de ese modo. Tienes que aprender a leer y a escribir como todos lo hacen. Tú perteneces a la casta *Kshatrya*, y es una vergüenza para los tuyos esa desprolijidad mental.

Ragakabir, que era la imagen viviente de la humildad, agradeció postrándose a los pies del *Pandit*. Al día siguiente, tablilla en mano, acercóse a su *Guru*, y éste comenzó su primera lección, mas, no bien le enseñaba una letra, Ragakabir entraba en éxtasis diciendo:

—Bendito sea Nuestro Señor por toda la gloria de Su sabiduría. ¡Estas líneas me recuerdan las curvas que poseen los pétalos de Sus flores, y estos *Mâtrâs*¹, la gallardía de las ramas siempre obedientes a Su Divina Ley que las cubre de besos rosados en la primavera, y las abriga con la nieve tibia durante el invierno.

—Sí, sí —argumentaba el pobre *Pandit*—, pero... deja eso ahora, y trata de concentrarte en lo que te estoy explicando.

Una y otra vez intentaba su Maestro hacerlo ingresar en el mundo del abecedario, y una y otra vez fracasaba completamente. Por mucho empeño que ponía el joven en aprender, su mente lo derivaba hacia el misterioso mundo de la devoción.

Cierta mañana, en que el *Pandit* se encontraba más bien distante de las regiones bienaventuradas de la paciencia, no soportando ya la constante fuga mental de su discípulo, se puso de pie y tomando su bastón, le propinó una serie de golpes, al tiempo que exclamaba totalmente fuera de sí:

—Debes ser un intocable disfrazado de *Kshatrya*. ¡Nadie creerá que perteneces a la casta de nuestros viejos y sabios Reyes! ¡Un asno posee mayor concentración que tú, pues tan siquiera persigue en las norias a los nabos que se le cuelgan adelante!

¹ Las duraciones de las letras sánscritas son llamadas *Mâtrâs*.

Y sin más, dándose por vencido, ordenó al joven que nunca más regresara a tomar lección alguna, cosa que allá en el fondo de su corazón Ragakabir agradeció profundamente.

—Me has hecho, Señor mío, tan tonto, que sólo me queda el camino de la devoción para llegar a Ti, se expresaba emocionado.

Y siguió por los valles, montañas y senderos loando a su Padre Celestial con toda el alma puesta en cada oración, en cada canto.

Cierto día el *Pandit* fue invitado a una gran asamblea de sabios, en la cual se debatirían problemas concernientes a las Escrituras Sagradas. Para asistir a la misma, debía cruzar el río Ganges, de modo que, vistiendo sus mejores ropas, encaminóse a la playa en busca de una embarcación que lo llevara hasta el sitio en el cual se realizaría dicha asamblea de eruditos.

Un botero de tez oscura, muy sonriente, y de ojos sumamente expresivos y bondadosos, cantaba al son de una flauta, reclinado junto a su barca, en la orilla del río.

—Necesito que me cruces al otro lado —dijo el *Pandit*—. Si tu embarcación está libre, hazlo y te pagaré lo que corresponda.

El botero, sin dejar de sonreír, observó al *Pandit*, entre serio y divertido y le dijo:

—Lo haré, si eres capaz de decirme cuántos peces habitan este río, cuántas olas posee el mismo, cuántas moléculas de agua, y cuántos granos de arena conforman su lecho.

El *Pandit* lo miró atónito por un instante, sin atreverse a responder, tan perplejo como estaba. Por fin, y tartamudeando, dijo:

—¿Es... es una broma? ¿Qué ocurrencia es esa tuya? ¿Eres un loco? ¿Te burlas de mí?

—No más que tú de Ragakabir —fue la respuesta—. A él le fue otorgada la nave real de la Devoción para cruzar de la orilla de la Ilusión a la otra de la Suprema Realidad, mas tú te has empeñado en hacer que aprendiera una sarta de símbolos que tan sólo son útiles como lo es el bastón para el ciego. Quien ve, ¿qué necesidad tiene de ello? No es a través de ningún conocimiento intelectual que el hombre se conecta con Dios, sino a través de la Fe. ¡Oh sabio *Pandit*! No hay Escritura Sagrada en todo el mundo, que te aconseje razonar, antes que amar. Dios no es un sabio tonto, como tú. Cambia de perspectiva interior y sabrás sobre lo Real, mucho más que cuanto puedas alcanzar con todas tus erudiciones.

Y mostrando su verdadera naturaleza, transformóse el bo-
tero en Krishna, Nuestro Señor resplandeciente, desa-
pareciendo luego ante los desorbitados ojos del *Pandit*.

* * *

Ciertamente, las enseñanzas del *Bhagavad Gîtâ* se expre-
san claramente sobre esta cuestión:

*“Y de todos los sabios Yogis, el que rebosante de Fe Me
adora con su interno Yo en Mi posado, es para Mí, el Yogi
más perfectamente Realizado.”*¹

“El que rebosante de Fe Me adora”, no el que trata de lle-
gar a Su Verdad por medios mentales. ¿Qué puede importarle
a Aquel que es Esencia de todas las ciencias, nuestros pobres
conocimientos? Por mucho que tratemos de inteligibilizar las
leyes de Su Casa Cósmica, nuestro saber será siempre lo que
un grano de arena para la vastedad inconmensurable del
océano.

El Budhismo, que no es sino un brote tardío del gran cono-
cimiento Védico, fiel como toda rama, a la naturaleza del árbol
del cual nació, nos habla de “la sabiduría del ojo y la sabiduría

¹ *Bhagavad Gîtâ VI, 47.*

del corazón”, siendo esta última, para los elegidos, los “simples de espíritu”, los que se hallan dispuestos a “perder”, para ganar... perder la soberbia de creer que sobre Aquel se puede saber algo por medio de lógicas y especulaciones. Se nos dice: “Amarás a Dios sobre todas las cosas” y no “pensarás a Dios sobre todas las cosas”. El verdadero triunfo espiritual es la conquista del Amor, y quien nos hace fracasar, precisamente, es ese cúmulo de razonamientos, con los cuales, la mayoría de las veces, obturamos el paso de Dios Infinito hacia nosotros.

¡Cuánta soberbia infantil ha generado la mente humana! Especialmente en nuestro siglo tan pobre de Fe, tan carente de Devoción. ¡Computadoras, satélites, naves espaciales, trasplantes de órganos, son juegos de niños comparados a la grandiosidad de Su Ciencia Única, mas, ebrios con las conquistas del intelecto, solemos dar la espalda a lo Divino para enajenarnos en búsquedas magras sumidos en fábricas y laboratorios!

Lo triste no es que avancemos en el camino del conocimiento, sino que lo hagamos egolátricamente, suplantando la visión de Aquel, por la admiración de nosotros mismos; lo doloroso es nuestra soberbia, nuestra falta de visión universal, nuestra esterilidad para la Fe.

Podremos volar a las estrellas, podremos aumentar los años de nuestra vida física. ¿Y qué? Ninguna nave tendrá jamás la velocidad del pensamiento, ni vida física alguna durará lo que un día de Sirio. Por otra parte, ¿de qué nos sirve la prolongación de esta última? ¿Se miden las cosas por su cantidad o por su cualidad? Un hombre sin Fe, por mucho que viva, será presa constante del temor, el apego, la angustia, y arrastrará detrás suyo su pobre cuerpo, como un soldado malherido arrastra su armadura, sin poderse librar de sus hierros.

La prolongación de su amada vida física, será para él, una nefasta prolongación en el país del dolor constante, la constante ansiedad, el perpetuo desasosiego. El deseo desesperado que se tiene en la actualidad por triunfar sobre la muerte, demuestra claramente hacia donde enfocamos nuestro concepto de lo importante; lo importante es seguir viviendo, vivir mucho, sea como sea, con muletas, “bypass”, órganos prestados, como sea, pero vivir... lo cual habla de nuestra idea grosera y materialista de la vida. Los que llamamos “muertos” están mucho más vivos que nosotros seguramente, mas, obcecados y caprichosos, queremos construir un mundo diferente al que existe, donde el primado de nuestra “voluntad intencionada” reine por sobre la Divina Voluntad.

Es cierto; la criatura humana ha nacido para vencer a la muerte, mas no en el plano físico, sino para vencer a su muerte

espiritual, a su letargo. Ha nacido para volar... pero no en naves espaciales, sino sobre sus pasiones; ha nacido para crear, pero no sólo máquinas, sino su propio Ser, integrándolo con la Gran Causa de todas las causas.

Mas nuestro siglo es siglo de científicos, no de santos... Estos esperan, allende las fronteras de nuestra soberbia, esperan que con el último fracaso tomemos conciencia de nuestro verdadero destino, y nos encaminemos con mayor humildad y siquiera un átomo de Devoción, hacia el reencuentro con el Infinito, en ese aeropuerto especial del corazón, cuyos pilotos bienaventurados, cuando logran alzar vuelo, jamás regresan a la Casa de la Gran Ilusión.

Del libro Santos y enseñanzas de la India, Ed. Hastinapura
